

DIOS CREADOR

CAPÍTULO I. LA FE EN DIOS CREADOR



Plan de formación para los Catequistas

Diócesis de Getafe (Octubre 2009)

Año 1 / vol. 1

CAPÍTULO I.

LA FE EN DIOS CREADOR

- 1. LA FE EN DIOS CREADOR, ELEMENTO ESENCIAL DE LA FE EN JESUCRISTO Y DE LA FE EN DIOS UNO Y TRINO**
- 2. LA REVELACIÓN DE DIOS CREADOR Y LA SAGRADA ESCRITURA**
- 3. LAS ETAPAS DE UN ÚNICO CAMINO (ESBOZO):**

1. La fe en Dios creador es un elemento esencial de la fe en Jesucristo y de la fe en Dios Uno y Trino

*“Creo en Dios Padre Todopoderoso,
Creador del cielo y de la tierra”*

(Símbolo de los Apóstoles)

*“Creo en un solo Dios, Padre Todopoderoso,
Creador del cielo y de la tierra,
de todo lo visible y lo invisible
Creo en un solo Señor, Jesucristo...
...por quien todo fue hecho”*

(Símbolo Niceno-Constantinopolitano)

La fe en Dios Creador es uno de los contenidos esenciales de la fe cristiana. Prueba de ello es que aparece, junto a otros aspectos fundamentales, en la profesión de fe, es decir, en el credo que rezamos en la Eucaristía dominical, y también, en forma dialogal, en la celebración del Bautismo y en la Vigilia Pascual. La inclusión del tema de la creación en los dos símbolos¹ que actualmente usamos en la liturgia, y en otras fórmulas previas², testimonia que el Pueblo de Dios lo ha considerado

¹ Para ver el significado de la palabra “símbolo” referido a la profesión de fe, cf. CCE. 188

² En el antecedente del Símbolo Apostólico, el “símbolo romano”, no aparece el atributo “creador”, pero la idea de creación va implícita en el concepto “todopoderoso”, con el que traduce el griego “pantocrátor”, es decir, “soberano de todas las cosas”.

siempre un aspecto importante de la fe, que afecta a la forma en la que entramos en relación con Dios.

El “símbolo”, el “credo”, no es una relación teórica de verdades, sino la expresión de la fe, es decir de nuestra respuesta eclesial y personal a Dios. Dios nos ha hablado. Nos ha dicho: “te amo y quiero haceros participar de mi amor”. Y nos lo ha dicho en la historia con hechos y palabras. Ahí está Jesús, que con sus palabras y con su vida es la palabra definitiva de Dios. Y la fe es la forma como respondemos a este amor de Dios. Ella incluye el amor y la esperanza. La fe es la respuesta que brota del corazón de la Iglesia y, en ella, de cada cristiano. De hecho, empezar a ser cristiano significa unirse a esta fe con la que el Pueblo de Dios responde a Dios. Empezar a ser cristiano significa dirigirse a Dios dentro de esta corriente espiritual con que la Iglesia universal responde al amor de Dios.

El símbolo es la expresión de esta fe eclesial y personal. No es una teoría, no es una relación de verdades, sino una oración, un acto religioso en el que el hombre expresa su tendencia hacia el Dios que se nos ha revelado en Cristo. Más aún, dice el *Catecismo de la Iglesia Católica*: “Recitar con fe el credo es **entrar en comunión** con Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo”³. Por eso en el símbolo no caben adornos ni palabras superfluas, porque lo que se pone en juego es la relación con Dios. La

³ CCE 197

inclusión del tema de la creación en el símbolo expresa, por eso, uno de esos aspectos que determinan nuestra comprensión vital de Dios y nuestra relación con él.

Ya hemos dicho que la fe, este movimiento espiritual que se dirige a Dios, que surge en el corazón de la Iglesia y de cada cristiano y que se dirige a Dios, es fundamentalmente un acto de respuesta al amor de Dios. Nosotros damos fe:

- A) a aquel que nos ha salido al encuentro de forma **palpable**. No hay más que recordar, por ejemplo, cómo la pecadora pública se pone a los pies de Jesús, llora sobre ellos, los enjuga con sus cabellos, los besa, los unge con perfume.
- B) a quien nos ha hablado, para establecer con nosotros un **diálogo** salvífico. No hay más que recordar cómo habla Jesús, por ejemplo a la Samaritana junto al pozo de Sicar. La palabra que Dios nos dirige en su Hijo no es un monólogo, sino que nos toma como verdaderos interlocutores, y establece con nosotros un verdadero diálogo.
- C) a quien ha obrado nuestra salvación con la propia entrega, con la **donación** absoluta de sí mismo. No hay más que recordar, por ejemplo, el caminar constante de Jesús hacia Jerusalén, para entregar su vida. Su entrega no es un hecho al que se ve abocado por las circunstancias, sino, desde el principio, la referencia de su camino. Toda su vida está contenida en esta donación que se

expresa en las palabras de la Eucaristía: **“éste es el cáliz de mi sangre que se derrama por muchos para el perdón de los pecados”**).

Es decir; que Dios nos ha salido al encuentro, nos ha hablado, ha obrado a favor nuestro la donación total de sí mismo. Y nosotros le damos fe. Nuestra respuesta es la fe. La fe no es una ocurrencia nuestra, no es un camino que hayamos inventado nosotros. Es sólo una **humilde respuesta** al amor sorprendente y casi increíble que Dios ha mostrado por nosotros. Por eso el Apóstol san Juan expresa que la relación con Dios, el amor, es el fruto del amor con que Dios nos amó: **“En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados”** (1Jn 4,10). **“Amemos a Dios, porque él nos amó primero”** (1Jn 4,19).

Un ejemplo muy gráfico de la fe como humilde respuesta al amor de Dios es la escena del Apóstol Tomás ante Cristo Resucitado. Cristo resucitado se ha aparecido a los Apóstoles. Tomás no estaba con el resto y no puede creerlo: **“si no veo en sus manos la señal de los clavos y meto mi dedo en el lugar de los clavos y mi mano en su costado, no creeré”** (Jn 20,25). Jesús resucitado se aparece una vez más a los apóstoles. Esta vez también está Tomás. Se dirige a él: **“Acerca aquí tu dedo y mira mis manos; trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino creyente”** (Jn 20,27). En el cuerpo resucitado de Jesús, que

aún conserva las marcas de la cruz se concentra toda la obra de Cristo a favor de los hombres. Y en las palabras del Resucitado se concentra también la llamada a la fe que, desde el comienzo de la vida pública, Jesús ha dirigido a todos: **“El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva”** (Mc 1,15). El gesto y en las palabras de Jesús resucitado, ofrecen a Tomás toda la obra y toda la palabra de su maestro. Ante Jesús es fácil imaginarnos el rostro de Tomás atónito y, seguramente avergonzado. Su respuesta es la fe que responde a este gesto y a estas palabras, a todo lo que Jesús ha dicho y ha hecho desde el principio del encuentro con ellos: **“Señor mío y Dios mío”** (Jn 20,28).

La fe es una respuesta humilde no sólo porque nace en medio de la pobreza, incluso de la incertidumbre y de la duda, sino, sencillamente, porque no es el resultado de nuestra iniciativa, sino sólo una respuesta. La iniciativa ha sido de Dios.

Sin embargo, con este acto de fe humilde Tomás responde bien a su Señor. Tiene delante de su alma todo lo que ha hecho Jesús, todo lo que ha oído de sus labios, su muerte terrible en la cruz, ahora lo tiene vivo ante él, tiene ante él la humanidad viva del crucificado, lo ve y lo oye, y reconoce en esa humanidad a “su Señor y su Dios”. Y eso es lo que expresa con su acto de fe: **“Señor mío y Dios mío”**. Esto es la fe: un movimiento del espíritu humano que surge ante la obra y la palabra de Dios.

Ya hemos dicho por qué la fe es una realidad humilde. Sin embargo hay que añadir que es una realidad poderosa, en el sentido de que logra algo que está más allá de todas las obras que nacen de la pura iniciativa humana, ninguna gran obra del hombre alcanza tanto. Aunque sea la respuesta oculta del más desconocido de los hombres, la fe es capaz de alcanzar Dios y de hacer que este pobre hombre entre en comunión con él: **“que Cristo habite por la fe en vuestros corazones, para que, arraigados y cimentados en el amor, podáis comprender con todos los santos cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad, y conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que os vayáis llenando hasta la total Plenitud de Dios”** (Ef 3,17-19) .

La fe propiamente cristiana nace de la respuesta de los apóstoles, de la fe de Tomás y de la fe de los otros, que testimonian lo que han visto, lo que han oído y lo que ellos han reconocido en lo que han visto y han oído. Ellos darán testimonio de lo que han visto, de lo que han oído, de lo que han reconocido ante ellos. Y la fe de los cristianos consistirá desde entonces en unirse a este acto de fe de los apóstoles ante Cristo vivo en la Iglesia. Creo que así se entiende muy bien las palabras de san Juan al comienzo de su carta: **“Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y palpamos nuestras manos tocando al Verbo de vida, — porque la vida se ha manifestado y nosotros hemos visto y testificamos y os anunciamos la vida eterna, que estaba en el Padre y se nos manifestó**

—, lo que hemos visto y oído os lo anunciamos a vosotros, a fin de que viváis también en comunión con nosotros. Y esta comunión nuestra es con el Padre y con su Hijo Jesucristo” (1Jn 1,1-3)

Por la fe, en los apóstoles se ha obrado una nueva relación de los hombres con Dios: una verdadera comunión. La transmisión de la fe es la inclusión de otros en este acto de fe de los apóstoles ante la persona de Jesús, sus hechos y sus palabras.

A partir de este momento donde tiene origen la fe cristiana, es decir del encuentro de Cristo con los apóstoles, esta fe se transmite, como vemos sobre todo a partir de Pentecostés. Empieza a extenderse poco a poco por el mundo y a pasar de una generación a otra. La fe es así como una gran corriente espiritual que nace del encuentro de los apóstoles con Cristo muerto y resucitado y a la que se va sumando libremente cada creyente a lo largo del mundo y en el transcurrir del tiempo.

Creo que ahora se puede entender mejor lo que hemos dicho hasta aquí: la fe nace de la respuesta que los apóstoles dan a Cristo, es una respuesta que incluye el amor y la esperanza. Es un movimiento del espíritu que responde al amor con el que Dios nos ha amado en su Hijo. La fe es un movimiento del hombre hacia Dios, un movimiento de respuesta, porque el primero que se ha acercado y se ha dado ha sido Dios. Esta fe es también “personal”, de cada cristiano, y “eclesial”, porque significa “sumarse” y “ser acogido” en la corriente originaria, que nace del encuentro de Cristo con los apóstoles. Esta fe es, por tanto,

una realidad viva, no una mera noción mental. Una realidad que vive en cada cristiano, que progresa en cada cristiano, que lo conduce hacia Dios, y que realiza de forma poderosa y eficaz la comunión con Dios.

Esta fe, que es común y que es la vida de la Iglesia, se expresa desde antiguo en el símbolo, en el símbolo apostólico o en el niceno-constantinopolitano⁴. Y allí, como elemento esencial, aparece siempre el tema de Dios creador. Éste es, pues, un elemento vinculado a la fe en Jesucristo y vinculado a la fe en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

PARA LA REFLEXIÓN:

1. ¿Dónde se expresa que la fe en Dios creador es un elemento esencial de la fe cristiana?
2. ¿Crees que el símbolo es algo más que una relación de verdades? ¿Qué significa para ti recitar el símbolo en la celebración litúrgica?
3. De los diversos aspectos de la fe que hemos expuesto: fe como respuesta al amor de Dios, fe como entrada en la comunión de Dios, fe como respuesta humilde y, a la vez, poderosa, fe como participación en el acto de fe de los apóstoles, fe como respuesta personal y eclesial...

Señala:

- a) los que te resultan ya conocidos
- b) los que te resultan novedosos
- c) los que no entiendes

⁴ Para ver el origen de éstos símbolos basta lo que dice el CCE 192 – 195. Si se quiere profundizar en el origen y el desarrollo de cada uno de los símbolos, cf. J. N. D. KELLY, *Primitivos Credos Cristianos* (Salamanca 1980).

2. La revelación de Dios creador y la Sagrada Escritura

Hemos dicho que la fe es respuesta a lo que Dios ha obrado y ha dicho a lo largo de la historia que ha culminado con su Hijo hecho hombre, muerto y resucitado. A este obrar y hablar por el que Dios se da a conocer, se comunica, llama al hombre al diálogo con él, a la comunión con él, y le salva, lo llamamos “revelación”. No se trata de un hablar inconexo de Dios, como si hubiese ido hablado con este o con aquel, aquí o allá, conforme le ha venido en gana. No. Este revelarse de Dios se ha ido realizando conforme a un plan, a un designio previo de Dios. Y conforme a este designio la revelación se ha ido llevando a cabo como un camino progresivo que busca su fin, un camino de diálogo con el hombre, que ha progresado hasta el momento de la encarnación de su Hijo. La revelación es, pues, un camino prolongado de diálogo entre Dios y el hombre. La meta, el culmen de este camino, que es Cristo, no se entiende sin las etapas anteriores. Y también a la inversa: las etapas de este camino sólo se entienden como formando parte de un todo y como partes que caminan hacia su plenitud. Sin tener en cuenta el fin de este camino, Cristo, no se pueden entender lo nuclear de cada una de las etapas que le preceden.

La revelación de Dios creador también tiene estas etapas. Como todos los aspectos de la fe cristiana, halla su plenitud en Cristo, pero se desarrolla a lo largo de toda la historia de la salvación. El Antiguo

Testamento muestra estas etapas, que caminan una tras otra preparando y esperando la meta de su camino en el Hijo hecho hombre. Y el Nuevo Testamento da testimonio de la nueva luz que el acontecimiento de Cristo arroja sobre este punto en concreto.

Ahora bien, “la Sagrada Escritura no ha sido escrita sencillamente como una novela o como un manual desde el principio hasta el fin. Es más bien el eco de la historia de Dios con su pueblo. Ha ido surgiendo de las luchas y caminos de esta historia. A través suyo podemos conocer los momentos culminantes y los hundimientos, las esperanzas, las grandezas y los fracasos de esta historia. La Biblia es, pues, la lucha de Dios con los hombres para ir haciéndose comprensible a ellos. Pero, al mismo tiempo, es también expresión de los esfuerzos de los hombres por ir comprendiendo poco a poco a Dios... Incluso el Antiguo Testamento es un estar siempre de camino con la palabra de Dios como compañera. Sólo en este estar de camino se ha ido formando, paso a paso, la palabra bíblica. Por eso mismo, sólo desde la totalidad de este camino podemos comprender su verdadera dirección. De esta manera –como camino– el Antiguo y el Nuevo Testamento forman una unidad. El Antiguo Testamento en su conjunto aparece a los cristianos como un caminar hacia delante, hacia Cristo, y sólo cuando lo alcanza se ve claro lo que en él realmente se decía, lo que significaba cada paso. De esta manera todo lo particular alcanza su sentido desde la totalidad, y la totalidad su sentido desde su fin, es decir, desde Cristo. Ya decían los Padres, y la fe

de la Iglesia de todos los tiempos, que sólo se pueden interpretar correctamente cada uno de los textos, si los comprendemos como un momento de un camino que siempre va hacia delante, si reconocemos la tendencia y la dirección interna de este camino”⁵.

También la fe en Dios creador, que ahora vemos reflejada en los símbolos de la fe, se ha ido formando paso a paso en la Biblia, hasta llegar a Cristo. La fe en Dios creador no se ha dado de una vez en los famosos primeros capítulos del Génesis, sino que camina y progresa a través de la historia de Israel. Advertimos también algo que muchos conocerán: que el orden cronológico en el que fueron escritos los distintos libros de la Biblia no coincide siempre con el orden en el que aparecen cuando abrimos nosotros la Escritura. Incluso en un mismo libro podemos encontrar pasajes cuyos orígenes se remontan a épocas distintas. Y el orden en que encontramos estos pasajes no siempre tiene que ver con el orden cronológico en el que surgieron.

Pero lo que ahora nos interesa es afirmar que la fe en Dios creador crece y progresa en el diálogo de Dios e Israel:

“Israel siempre creyó en el Dios creador y esto lo tuvo en común con todas las grandes culturas de la antigüedad. Pues, incluso a pesar de los momentos oscuros por los que pasó el monoteísmo, todas las grandes culturas siempre conocieron a un creador del cielo y de la tierra,

⁵ JOSEPH RATZINGER, *En el principio creó Dios*. (Valencia, 2001) 21-22

manifestándose sorprendentes semejanzas entre civilizaciones, que nunca tuvieron una relación externa. En estas semejanzas podemos reconocer muy bien algo de la profunda comunicación de la humanidad con Dios, que nunca llegó a perderse. El tema de la creación aparece en el mismo Israel en numerosas historias. Nunca estuvo ausente, aunque no siempre con la misma intensidad. Hubo tiempos en los que el mismo Israel, de tal manera estaba preocupado por las penalidades o esperanzas de su historia, que no necesitaba recurrir a la creación ni apenas la podía reconocer. Propiamente, el gran momento en el que la creación se convierte en el tema dominante fue en el exilio a Babilonia. En este tiempo fue cuando el relato de Génesis 1,1-2,4 alcanzó su actual y propia forma, aunque contando evidentemente con antiguas tradiciones. Israel había perdido su país; había perdido su templo. Para la mentalidad de entonces era algo inconcebible, pues ello significaba que el Dios de Israel había sido vencido, el Dios al que se le había podido arrebatarse su pueblo, su país y sus adoradores. Un Dios incapaz de defender a sus adoradores y su adoración era entonces considerado como un Dios débil, mejor, un Dios inútil. Había renunciado a ser Dios. Para Israel, el exilio de su tierra y el haber sido borrado del mapa de los pueblos provocó una terrible tentación para su fe. ¿Ha sido vencido nuestro Dios? ¿No queda ya nada de nuestra fe?"⁶

⁶ *Ibíd.*, 22-24

A esta situación real y espiritual de Israel responde la reflexión sobre el Dios creador que está en el fondo de Génesis 1,1–2,4. Pero antes de analizar lo que se dijo en este momento fundamental para la fe en Dios creador, recorreremos las etapas previas. Adelantamos ahora un bosquejo de las etapas fundamentales de la fe en Dios creador.

PARA LA REFLEXIÓN:

1. ¿Qué entendemos por “revelación de Dios”? ¿Está marcada por el azar y el capricho o, por el contrario, sigue algún plan? ¿Tiene alguna meta?
2. ¿Dónde podemos observar las etapas de la revelación?
3. ¿Qué imagen del Antiguo Testamento te ofrece la lectura que hemos hecho? ¿Crees que corrige en algo la imagen común del AT entre los cristianos? ¿Corrige en algo la tuya?
4. Nos interesa que se entienda que la revelación de Dios y la fe del Pueblo de Dios es una realidad progresiva que tiene sus etapas y que culmina con Cristo. Y que la revelación de Dios como creador es uno de los aspectos de este diálogo progresivo de revelación de Dios y fe de su pueblo. Podéis aclarar este punto en vuestro diálogo, si es necesario.
5. ¿Conoces algo del exilio de Babilonia?
6. ¿Sabías que el gran pasaje de Gn 1,1–2,4 sobre la creación surge en el contexto de esta experiencia del exilio?
7. Sabes que el comienzo del libro del Génesis ofrece dos relatos yuxtapuestos y distintos de la creación (Gn 1,1–2,4a y Gn 2,4b ss.)

3. Las etapas de un único camino. Un esbozo.

La primera de las etapas, que denominaremos “la llamada de Dios en el ser de las cosas y en el existir humano”, se refiere a una experiencia común de la humanidad, que ante el ser de las cosas que le rodean, o ante los enigmas y las experiencias de la propia existencia, se ha visto impelida a preguntarse sobre el origen, el fundamento y el fin de las cosas y del mismo hombre.

Más aún, es experiencia común en la humanidad identificar al que puede ser origen, fundamento y fin de todo con un Dios creador absoluto. Incluso el politeísmo y el ateísmo tienen una idea de lo que es Absoluto y de cómo debe el hombre relacionarse con él. El monoteísmo identifica el Absoluto con un ser personal que puede interpelarme o al que yo puedo clamar. El ateísmo, por el contrario, toma la realidad material como “lo absoluto” y determina la relación que debo tener con esta realidad como una relación de poder y de dominio. Volveremos sobre ello en su momento.

En realidad, no hay una etapa bíblica diferenciada que muestre este comunicarse de Dios a través del ser de las cosas o de la propia existencia humana, pero la presupone siempre. La presupone también para nosotros, igual que para los antiguos, igual que para aquel arameo que dio inicio al movimiento de la fe y con el dio inicio a un Pueblo de Dios. No podría entenderse la respuesta de fe Abraham y de los patriarcas si

no se presupone en ellos esta capacidad para dejarse impresionar por la “voz natural” de Dios, más aún, sin un espíritu que de forma activa busca y espera a quien intuye tras el ser y la existencia de todo. Aquí podremos entender la grandeza de espíritu de Abraham y de los patriarcas. En él ya aparece la vinculación entre el Dios que le llama y por el que arriesga la vida y el Dios “señor” o “creador” del cielo y la tierra. (Cf. Gn 14,19.22; 24,3)

La segunda etapa es la de la formación de la certeza de que el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, es decir el Dios cercano, que nos dirige su palabra, que entra en diálogo con nosotros, hasta vincularse con nosotros y ser “nuestro” Dios, es también el Dios Absoluto dueño de todo, origen de todo y que está por encima de todo. Denominaremos a esta segunda etapa “experiencia de la cercanía y de la trascendencia de Dios”. Para profundizar en esta etapa nos detendremos en un momento clave de la historia de los orígenes del Pueblo de Dios: la revelación del nombre de Dios (Ex 3,14). Vinculada a esta etapa de la fe encontramos ya algunos textos bíblicos propiamente referidos a la creación: Así Gn 2,4bss. Este texto es el segundo relato de creación que encontramos en la Biblia. El primero es Gn 1 – 2,4a y el segundo, el Gn 2,b-25, que se prolonga en Gn 3 con el relato del pecado de Adán y Eva. Pero en realidad, este segundo relato es más antiguo que el primero. Es un hecho que a primera vista puede parecer extraño, pero esta impresión

desaparece si se tiene en cuenta que ambas narraciones se complementan y que su orden actual es muy lógico: “la primera narración está dedicada a describir la creación del universo que culminará con la creación del hombre, y la segunda, tiene por objeto la creación del hombre y su destino”⁷.

El segundo texto, el más primitivo, muy vinculado a la experiencia de la cercanía de Dios con su pueblo, con su camino en la historia, tiene como fin mostrar el origen de esta cercanía. Pero al mostrar este origen consigue también abrir el horizonte del presente hacia un destino que sólo se iluminará con Cristo. De hecho este texto será releído por las primeras generaciones de cristianos a la luz de la nueva experiencia de cercanía de Dios en Cristo y a partir de la esperanza de la vida eterna. Incluso la iconografía antigua lo reinterpreta en esta clave, haciendo aparecer en sus representaciones no a Dios Padre, siempre trascendente, sino al Hijo. No nos adentraremos en su contenido en este curso, sino en el siguiente, en el que abordaremos de forma monográfica la visión que la fe tiene del hombre. Entonces hablaremos más en concreto de la creación del hombre.

La tercera etapa es decisiva en el desarrollo de la fe en Dios creador. Ya la hemos descrito brevemente. Es una etapa que está marcada por la

⁷ PAUL DE SURGY, *Las grandes etapas del misterio de la salvación*, (Barcelona ⁷1967) 23.

prueba del destierro de Israel en Babilonia. Israel sufre el destierro y con ello se pone a prueba su fe. En este contexto Dios conduce a su Pueblo para mostrarle su verdadero rostro e Israel mismo tendrá que luchar por afirmar el verdadero rostro de Dios, que es, al tiempo, la verdadera esperanza para el hombre. De esta prueba dolorosa que supone el destierro, la fe del pueblo de Dios saldrá reforzada y purificada. Aquí la referencia a Dios creador se convierte en un punto crucial. De hecho surge en este contexto el principal relato de la creación, el de Gn 1, y otras reflexiones fundamentales como las que vemos en la segunda parte del libro del profeta Isaías, lo que los técnicos llaman el “Deutero-Isaías”.

Tras esta tercera etapa haremos una parada en nuestro progreso de etapa en etapa para dar respuesta a los **interrogantes que la ciencia** ha planteado a la Biblia y que seguramente muchas veces se os planteará en la catequesis. Es una cuestión crucial, porque lo que está en juego es si nuestra fe es realmente verdadera o sólo un cuento para niños, que hemos de abandonar al llegar a la razón adulta.

Después de este paréntesis abordaremos la **cuarta etapa**, que será decisiva para la expansión posterior del cristianismo. Es una etapa que se desarrolla, sobre todo, en los siglos inmediatamente anteriores a la venida de Cristo. Israel entra en diálogo con la cultura de su época, con la cultura helenista y tiene que expresar lo propio y original de su fe en

un lenguaje común en el que todos puedan reconocer la verdad de la experiencia concreta y singular del Pueblo de Dios. Justamente, la fe en Dios creador de todo, soberano de todo, es el fundamento para que la experiencia concreta de cercanía pueda rebasar los límites de Israel, abrirse a todos los hombres, y ofrecerse como criterio para el camino de los hombres de todo tiempo y de cualquier condición. Es la etapa de la reflexión sapiencial de la fe.

Con la **quinta etapa** llegamos al final de nuestro camino. Es la etapa donde la revelación de Dios llega a su culmen con el acontecimiento personal de Cristo. La catequesis tiene como finalidad conducir al hombre a la comunión con Cristo. Pero Cristo no es simplemente una opción religiosa entre otras, un camino religioso hacia Dios entre otros posibles caminos. La fe cristiana implica una total identificación entre esta persona concreta que vive en Palestina hace más de 2000 años y el Dios absoluto. Por eso en el evangelio de san Juan escuchamos en labios de Jesús: **“Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre”** (Jn 14,9). Y podemos leer también en el prólogo del mismo Evangelio: **“A Dios nadie lo ha visto jamás, el Hijo Único, que estaba en el seno del Padre, él nos lo ha dado a conocer”** (Jn 1,18). Pero entonces, si el Hijo que se hace hombre es el único camino verdadero hacia Dios, eso significa que el mundo creado por Dios tiene ya la huella del Hijo, significa que **“todo ha sido creado por él y para él”** (Col 1,16), como declara san Pablo y

aparece también el prólogo de san Juan (Cf. Jn 1,3). Eso mismo es lo que encontramos en la formulación del símbolo niceno-constantinopolitano: “Creo en un solo Señor, Jesucristo... por quien todo fue hecho”. Podría parecer que la mediación necesaria del Hijo entre Dios y los hombres aleja a Dios, pero no es así, lo que nos ofrece es una nueva comprensión del ser de Dios Único como Trinidad, como comunión, como amor y con ello una doble certeza: primero, que en el origen de todo está el amor en acto de Dios que obra por su Hijo; y segundo, que el camino del hombre a Dios, que pasa por su Hijo, está también definido por el amor. Así la fe se vincula al amor y a la verdad, no a la violencia o a la sinrazón.

La fe que se resume en la fórmula **“Tú eres el Cristo”** (Mc 8,29), o en la paulina **“Jesús es el Señor”** (1Cor 12,3), o de la fórmula: **“Jesús es el Hijo de Dios”** (1Jn 4,15), implica la fe en Dios creador, una concepción de la creación y del camino del hombre en ella.

PARA LA REFLEXIÓN:

1. ¿Alguna experiencia ante el mundo (ante su grandeza, su belleza...) o alguna experiencia de la existencia (dolor o gozo, amistad o soledad, enfermedad...) te han llevado a preguntarte sobre Dios o a abrirte a él, a preparar tu espíritu a su Palabra?
2. ¿Te das cuenta de que el Dios que nos sale al paso en Cristo es del todo cercano y, a la vez, es aquel que está más allá de todas las cosas porque es más grande que todo y es inabarcable, incomprendible, inefable...?
3. ¿Alguna etapa de tu vida se ha convertido en una “prueba” para tu fe? ¿Ha sido tu fe purificada en ese momento? ¿Ha salido tu fe fortalecida de esta “prueba”?

4. ¿Te das cuenta de que si Cristo es la verdad, lo es de todo lo que existe y de todo hombre, lleguen o no a reconocerlo? ¿Te das cuenta de que, si esto no fuese así, la fe sólo sería un engaño?
5. ¿Te has percatado del papel fundamental que la fe cristiana da al Hijo de Dios en la creación?

Enrique Santayana Lozano C. O.
– Director del Secretariado de Catequesis
de la Diócesis de Getafe –